

EL CATECISMO HOLANDES

Vino nuevo en odres viejos.

He aquí un libro que se ha puesto de moda. Así como toda persona culta en Centro América tendría por afrenta el llegar a los 30 años y no haber visitado los EE. UU., y así como llamaría la atención la persona que en una reunión de sociedad preguntara quién es Lyz Taylor, así el saber algo sobre el "Catecismo Holandés" va resultando indispensable para todo cristiano culto.

Para evitarles este sonrojo a nuestros lectores —y sin querer con ello ponerle ni quitarle méritos a esta obra, ni suplir con este artículo una lectura directa del libro— hemos pedido a nuestro colaborador Juan Sobrino que nos lo presente.

Conviene advertir desde un principio que no se trata de una exposición popular de las verdades de nuestra fe con fórmulas breves que ayuden a su memorización, como lo han sido los llamados "Catecismos de la Doctrina Cristiana" que estudiaron las pasadas generaciones cristianas y con ellos también nosotros.

A raíz del Concilio Vaticano II, los obispos holandeses decidieron presentar a sus cristianos adultos el mensaje cristiano, la totalidad de la fe, bajo una nueva luz, más acomodada a la mentalidad del hombre moderno. Es por tanto un desarrollo progresivo, interesante y actual que ayude a reflexionar a los fieles sobre una vida cristiana que ya conocen y practican.

No se dirige a todos los cristianos, menos aún a nuestros cristianos de Centro América, sino a los cristianos holandeses, es decir, el

tipo de cristiano de los años 60 que vive después de las sacudidas de dos guerras mundiales y las corrientes ideológicas que de ahí se han seguido. Es el cristiano que vive en un mundo mecanizado, donde impera la tecnocracia, un mundo donde el marxismo, el existencialismo y otros sistemas ideológicos se han presentado como oportunidad y amenaza a la vez para la fe cristiana, un mundo donde católicos y protestantes han vivido unos junto a otros por siglos, donde las nuevas corrientes teológicas, tanto en el dogma, como en la moral y la liturgia, se han hecho sentir con inusitado interés.

Este es el público al que se dirige el catecismo holandés. No es para niños, ni para personas que no hayan tenido la oportunidad de una formación cultural un poco avanzada. Es para el cristiano que hoy "se pregunta" por su fe con una cierta ansiedad y al mismo tiempo con la esperanza de encontrar en esa fe la luz y fuerza directoras en una sociedad claramente pluralista. Con esto queda dicho que el catecismo no es sino más apropiado para gran parte del pueblo centroamericano, cuya situación religioso-cultural difiere considerablemente de la situación del católico holandés medio.

Nuestro colaborador considera que la lectura de este catecismo puede ser útil para esos grupos, cada vez más numerosos en nuestras naciones, como son los estudiantes universitarios, cursillistas, grupos del movimiento familiar cristiano, etc.

He aquí un comentario.

Laboratorios

**RARPE,
S. A.**

**INDUSTRIA
FARMACEUTICA
CENTROAMERICANA**

**MANAGUA
NICARAGUA**

Apartado 231

Teléfonos: 42-08D42-09

**PREPARACIONES
RARPE
CIENTIFICAS.**

**EMBOTELLADORA
MILCA**

FABRICANTES DE:

- * Coca-Cola
- * Uva Fanta
- * Milca Roja
- * Milca Chococ
- * Milca Naranja
- * Soda Canada Dry
- * Ginger Ale Canada Dry
- * Quinac Canada Dry
- * Agua Purificada
- * Agua Destilada

**MANAGUA, NICARAGUA
Teléfonos: 4803 y 4873**

**¿Qué es el Catecismo
holandés?**

En primer lugar hay que considerar que el catecismo está patrocinado por los obispos holandeses; es decir, es un escrito bajo la dirección de aquellos que tienen la misión de servir a la comunidad cristiana orientándola en su fe.¹ El método seguido no se dirige fundamentalmente a la memoria en un esquema de preguntas y respuestas en términos técnicos, sino que se dirige a todo el hombre, a su inteligencia, a su realidad social, a la decisión de su libertad. Como dicen los obispos en la introducción, "el objeto de este libro es predicar el mensaje de Cristo en lenguaje ordinario... dar luz a los problemas contemporáneos por medio del Evangelio. Esperamos que este catecismo inspirará el sentido de una verdadera comunidad, que es la mayor obra de Dios. La vida con Dios es algo muy personal, no es una tarea que se lleve aisladamente". (p. V).

Por eso, en lugar de empezar con definiciones abstractas sobre Dios y sus atributos metafísicos comienza con la situación real del católico holandés medio (1ª Parte), dialoga después con otras ideologías (marxismo, humanismo, budismo, etc.) y presenta el Antiguo Testamento como respuestas históricas a esa situación real del hombre a lo largo de la historia (2ª Parte), y a Cristo como la respuesta definitiva de Dios (3ª Parte), trata la vida cristiana a esa luz de Cristo (4ª Parte) y finalmente considera el destino último del hombre y el misterio

1.—Usamos la traducción inglesa "A New Catechism, Catholic Faith for Adults", Burns & Oates, 1967.

rio infinito de Dios (5ª Parte).

En cada parte toca una larga serie de temas, imposibles de resumir en unas breves líneas. Es interesante notar la variedad de temas, que abarcan prácticamente toda la vida cristiana: desde los hechos más fundamentales de la vida de Cristo, hasta pequeños detalles del significado de cómo rezar el Angelus o las posturas en la oración. El nuevo "aire" del catecismo se descubre no sólo en los nuevos temas que trata, sino también en varios enfoques no recalados en cateismos anteriores.

Señalamos algunos de ellos.

En primer lugar lo que llamaría el "sentido de la jerarquía de valores", aun dentro de la fe cristiana. Es importante que un catecismo sepa recalcar bien los puntos cruciales de la fe.

Sobre todo, en estos tiempos de ecumenismo, es importante saber si las cosas que nos unen y nos separan de otros cristianos no católicos están en el nivel de lo esencial o de lo quizás accidental.

Se aprecia también claramente el "sentido bíblico del catecismo". Las largas y abundantes citas constituyen prácticamente el centro de la obra; no se trata de buscar ejemplos en la Escritura para confirmar las ideas teológicas del catecismo, sino que el movimiento es el inverso: poner la teología en último término al servicio de la Escritura, hacer que el hombre pueda oír la palabra de Dios, pues esa palabra ha estado activa desde los comienzos, llama a un diálogo, y ese diálogo crea la historia (p. 40). Por eso el lugar de este catecismo, como avisan los autores, es "junto a la Biblia, pues nuestro objetivo concreto es guiar al creyente a la fuen-

te de la fe, siempre antigua y siempre nueva, a la palabra de Dios" (p. VII).

A esto hay que añadir el "sentido litúrgico". Es interesante notar que no hay ninguna sección sobre la liturgia, sino que a medida que van apareciendo los misterios de la vida de Cristo, encarnación, nacimiento, bautismo, etc., se van presentando las fiestas litúrgicas de la iglesia. Con esto se entronca la liturgia con su fuente que es Cristo. Todos los misterios de la vida de Cristo viven ahora en él como resucitado y por eso podemos celebrar cada fiesta en el ciclo anual como una realidad de "hoy" (p. 344); los sacramentos no son sino modos de celebrar nuestra existencia dada por el Señor en su Iglesia (p. 253).

El "sentido pastoral" aparece, aparte de que inspira la presentación y distribución de todos los temas, en cómo tratar en concreto los problemas de la fe, la relación con los no católicos, la solución concreta a problemas morales, etc.

Por último quisiera notar el "sentido humano y optimista" del catecismo, al hablar de los no cristianos. Las religiones no cristianas son consideradas como "preparación a Cristo", como respuestas parciales a la pregunta del hombre, y no como catálogo de errores, "pues debemos confiar en que el Espíritu de Dios no pasa por ningún hombre sin tocarlo" (p. 33).

La historia de la Iglesia católica es vista con "sentido humilde y agradecido"; no es una historia sólo de fechas y nombres, sino historia de la Iglesia santa y pecadora a la vez, y "si hay algo que distinga a los que han tratado de vivir la vida de Jesús en las filas de la humanidad es el hecho de que han sido penetra-

dos por el sentido de su propia insuficiencia y el de la gloria de Dios" (p. 236).

Todas estas dimensiones en que se mueve el catecismo hacen de él un libro interesante y provechoso para el que quiere reflexionar sobre su fe, e incluso, debido sobre todo a su enfoque bíblico, un libro de oración.

La controversia sobre el catecismo

A quien haya seguido un poco de cerca la historia de este catecismo le extrañará que recomendemos abiertamente una obra que ha suscitado tanta polémica.

Irónicamente, y a pesar de que las palabras introductorias de los obispos son "Paz a esta casa y a todos los que en ella habitan", la publicación del catecismo ha levantado una gran polvareda en los círculos eclesiásticos y teológicos. Desde su aparición en 1966 se ha hablado y escrito que el nuevo catecismo, a pesar de sus grandes aciertos, es telógicamente sospechoso, incluso se ha dicho que contiene herejías. De ahí que la traducción a otras lenguas no ha sido fácil. En alemán apareció una edición restringida para el uso de sólo especialistas. En inglés sin embargo se lanzó para todo el público. Ahora se anuncia una traducción (o adaptación) francesa. También está preparada la traducción castellana.

Después de dos años de numerosas discusiones, un informe de una comisión de Cardenales ha declarado oficialmente que el catecismo no contiene ninguna herejía. Desean que se hagan algunas correcciones para aclarar algunos puntos de expresión oscura. De ellos, catorce son de importancia teológica (nacimien-

LA JOYA

OPTICA

RELOJERIA

JOYERIA

R. LIEBE & CIA.

4ª Av. Norte N° 113.

Teléfonos:

21-33-88; 21-31-24 y 21-31-89

San Salvador.

CUADERNOS
ESCOLARES

"EL QUIJOTE"

Amigo inseparable del estudiante desde hace más de veinticinco años,

LIBRERIA - PAPELERIA

"LA IBERICA"

Ansovin Pascual S.
e hijos Co.

1ª Calle Ote. N° 115.

Teléfono 21-40-20.

SAN SALVADOR.

VALLDEPERAS

Taller de Escultura y Pintura,
Especialidad en la hechura
de imágenes de Madera.
Dorado en Altares.

4ª Calle Oriente N° 803,
San Salvador, El Salvador.

Calle Siriaco López N° 2-3,
Santa Tecla.

to virginal de Jesús, pecado original, el problema del más allá...) Otros puntos son meramente de detalle (incluir en el índice de materias la palabra Trinidad).

De esta polémica se pueden sacar dos conclusiones prácticas. En primer lugar hay que distinguir entre herejía, es decir, el negar una verdad revelada y como tal reconocida por la Iglesia, y las diferentes explicaciones de la verdad revelada.

Es cierto que el catecismo holandés, precisamente por esforzarse en presentar la fe de una manera nueva y actual, usa expresiones que no son tradicionales, y por eso pueden despistar al lector no demasiado versado en el lenguaje teológico moderno; pero esto en sí no indica la existencia de herejías, como lo han reconocido, entre otros, el famoso teólogo americano John McKenzie y el alemán Karl Rahner.

La segunda conclusión es obvia. Para usar razonablemente el catecismo hace falta cierta preparación y conocimiento de los procedimientos actuales de la teología. Por eso decíamos antes que en Centroamérica el modo de usar el catecismo sería en grupos en los que esté presente algún sacerdote o seglar preparado, que pueda orientar en su lectura e interpretación.

Los autores del catecismo son también conscientes de la novedad y de los posibles peligros de mala interpretación. Saben que son hombres limitados también por el pecado y el error y que eso pueda reflejarse en su libro. Pero esperan que las fuerzas de la verdad y de la gracia trabajarán también sobreabundantemente en este libro. (p. 268).

Sirva esta observación de los autores también para el lector cristiano que busque en sus páginas una presentación actual, interesante y teológicamente fundada de su fe.

El diálogo, punto central del catecismo

Ya en la primera parte de este comentario hicimos notar los valores positivos que a nuestro juicio posee el catecismo.

A partir del Vaticano II, después de muchos siglos de una postura a la defensiva con respecto a otras ideologías, la Iglesia ha adoptado esa actitud tan esperada y tan bien recibida del diálogo. Quizás por eso los temas más conocidos del Vaticano II son aquellos que indican este diálogo: el decreto sobre el ecumenismo, sobre la libertad religiosa, sobre la Iglesia en el mundo actual. Poco a poco se ha despertado una actitud de colaboración, no sólo con protestantes, sino incluso con marxistas. Ahora tendemos a fijarnos más en lo que nos une que en lo que nos separa.

Y por eso precisamente en estos momentos es más necesario que nunca que cada cristiano se haga la pregunta en serio: ¿qué significa que yo soy cristiano? Y esto no sólo como actitud defensiva en el diálogo, es decir, no sólo por miedo a perder mi cristianismo en el diálogo con otros, sino como actitud positiva. El diálogo sólo puede avanzar en la medida en que los participantes sean auténticamente lo que dicen ser. El cristiano tiene que tener conciencia muy clara sobre lo que él y sólo él puede aportar de luz novedosa en el diálogo de hoy.

Tiene que preguntarse con la máxima seriedad qué es lo

central en su religión, esa verdad que ilumina todas las demás, sin dar por descontado que ya sabemos de sobra lo que significa el cristianismo. Por eso un catecismo de hoy tiene que ir al centro del cristianismo. No puede perderse en presentar una serie de "verdades", sino buscar el centro de gravedad de todas esas verdades, buscar "la" Verdad que da sentido y unifica a "las" verdades cristianas. Eso es lo que se ha esforzado por hacer el catecismo holandés. Nos dice que la gran verdad del catecismo es, naturalmente, Jesucristo.

Cristo, como verdad vital.

Es difícil pronunciar la palabra Cristo hoy con la misma lozanía y viveza con que la usaron Pablo, Juan, Lucas o Marcos. Difícil porque 20 siglos de historia la cubren de monotonía y rutina, y porque en nuestro lenguaje de hoy se reserva quizás demasiado a la esfera de la piedad personal. Y sin embargo sigue siendo verdad que esa palabra encierra el secreto del cristianismo. Cuando hablamos como cristianos con otros hombres no cristianos podemos y debemos, sí, hablar de la doctrina social de la Iglesia, de la concepción cristiana de la familia, incluso del Dios absoluto que da sentido a nuestra vida; pero lo típicamente cristiano sigue siendo pronunciar esa palabra tan oída, tan sencilla y tan profunda: Cristo. No sólo en la esfera de la piedad sino en todos los acontecimientos de nuestra vida, nacimiento y muerte, matrimonio y profesión, trabajo y descanso, esa es la palabra en la que el cristiano se lo juega todo. Pues "Cristo es "el don de Dios" a la humanidad" (p. 74). Este es

en mi opinión el gran mérito del catecismo: esforzarse en presentar a Cristo como "la" verdad central y unificadora del cristianismo.

Al hablar de una verdad hay que considerar siempre dos cosas: lo que se dice, es decir "el contenido" de la verdad; y "la importancia vital" de eso que se dice, es decir, que esa verdad me diga algo a mí, que sea verdad para mí. Estos dos aspectos de la verdad no se pueden separar totalmente, pues uno se fundamenta en el otro; pero por razones de método vamos a ver cómo el catecismo presenta a Cristo como "verdad vital al hombre", y cómo esa verdad puede ser vital precisamente y sólo porque es "la verdad de Cristo".

Un catecismo podría comenzar diciendo que "Dios es espíritu puro, creador y Señor del cielo y de la tierra". No se discute la verdad de esta afirmación, pero se puede preguntar: ¿qué le dice "eso" al hombre concreto? ¿O qué le dice al hombre concreto el empezar diciendo que Cristo es la segunda persona de la Santísima Trinidad? Estas son verdades, pero hay que vitalizarlas. Y como son "verdades dichas al hombre" lo primero que hay que ver pedagógicamente es quién es ese hombre. Y es que "los dogmas no son sólo palabras, sino valores" (p. 82).

En otras palabras, podríamos decir que hay una diferencia radical, aunque gramaticalmente sea mínima, en que un catecismo exponga la palabra de Dios como "habla de Dios al hombre" o como "respuesta de Dios al hombre".

Cristo, como respuesta al hombre.

Y es que no es lo mismo oír

hablar de lo que uno no se interesa, que oír hablar de aquello por lo que uno ya se ha preguntado de alguna manera. Por eso, no es lo mismo decir que Cristo es la palabra de Dios (que naturalmente lo es), que decir que Cristo es la respuesta de Dios.

Para dar ese sentido de Cristo como respuesta al hombre, y por ello algo vital, el catecismo holandés crea un nuevo molde de presentación. No empieza con Dios, sino con la experiencia de la vida del hombre concreto de hoy (el cristiano holandés medio).

Este es el hombre en un mundo adulto, que en cierto sentido ha perdido la inocencia de generaciones anteriores para con lo religioso, que ve con más claridad que en otras épocas su libertad para realizar él su vida, que se impresiona por la relatividad del pasar del tiempo, que se pregunta por sus orígenes, por la evolución del universo y sobre todo por el sentido del futuro.

En otras palabras, el hombre de hoy siente la relatividad de todo lo que le rodea. Pero en medio de ello descubre también su inmenso anhelo por algo absoluto, férreo, que no pase, algo infinito que no participe del vaivén de nuestra existencia, que pueda dar de veras un sentido a nuestra vida. Ese anhelo lo experimenta en el amor, en la búsqueda de la verdad, en el dictado de su conciencia, y de alguna manera presiente que hemos sido hechos para otro, presiente la frase de Agustín: "Nos hiciste, Señor, para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Tí". (p. 21).

Respuestas humanas.

En este ambiente de expectación del hombre se presentan las diferentes respuestas

humanas que el hombre ha ido recibiendo (hinduismo, budismo, confucionismo, marxismo, etc.) pero vistas en función a la respuesta definitiva, pues "Cristo, la palabra eterna, ha estado influyendo en la sabiduría de esas religiones a través de su Espíritu... real y profundamente". En último término "la búsqueda incesante del hombre a Dios se ve animada por la búsqueda de Dios al hombre". (p. 33).

El hombre en su orientación al Dios absoluto ha buscado oír siempre a Dios como respuesta última. Cuando Dios no ha hablado, el hombre lo ha sentido como un "silencio", como un mutismo que puede ser roto y como un silencio que encierra el secreto último del misterio del hombre.

En la historia del pueblo de Israel ese silencio doloroso se rompe y Dios se comunica al hombre. En el Antiguo Testamento Dios revela su nombre, se revela en sus obras y palabras a su pueblo. Pero la revelación total e irrevocable, la respuesta última y definitiva de Dios a la pregunta del hombre ocurre sólo en Cristo.

Cristo es presentado como un "evangelio", es decir, como una "buena noticia", "como la carta o el telegrama que nos trae alivio al corazón ansioso" (p. 67). Toda la vida, la obra y la persona de Cristo es la respuesta sin la cual las tinieblas nunca se disipan del todo, ni la angustia abandona al corazón.

Los misterios de la vida de Cristo aparecen como otros tantos momentos del amor de Dios al hombre, del sí definitivo de Dios al hombre que pregunta. Y como este Sí es según el corazón de Dios y no según los planes del hombre, Cristo aparece como lo esperado, ciertamente, pero tam-

bién como lo inesperado. Espera porque "el hacerse hombre de Dios en Cristo está relacionado con el hacerse hombre del hombre" (p. 82). Inesperado, porque Dios se hizo hombre en Cristo "para que nosotros nos hagamos verdaderamente divinos" (p. 82).

La vida del cristiano es vista entonces como una aceptación personal de esa respuesta, esperada e inesperada a la vez, que se convierte en la tarea de nuestra vida. "Cuando hemos reconocido interiormente la revelación dada por Dios todavía tenemos que recorrer un largo camino. Tenemos que hacer de la verdad una realidad concreta y viviente... La fe afecta siempre al instante presente". (p. 292). Y esa tarea no es otra que el amor, pues "el hecho de que los cristianos pertenecen a Jesús significa que ya tienen dentro de ellos el amor". (p. 300). La vida cristiana no es sólo un mero recitar el credo, cumplir los mandamientos y recibir los sacramentos, sino que es un diálogo del hombre agradecido con Cristo, es la expresión de lo mejor y más profundo en el hombre, sacado a la luz por la revelación de Cristo. Vivir cristianamente no es sólo vivir "honradamente", sino responder personalmente a Cristo, fundamento, revelador y consumidor de esa vida.

Dios y el fin último del hombre.

La última parte del catecismo trata del fin último del hombre y de Dios. Conscientemente se ha dejado para el final el tratar estos temas.

En teoría se podría empezar con un estudio del absoluto filosóficamente, o con el estudio de la Trinidad teológica-

mente. De hecho esta es la "primera" realidad. Pero para vitalizarla, como decíamos antes, su lugar apropiado es el fin. Las preguntas teóricas y las objeciones que se pueden poner al misterio de Dios y de nuestro último fin son innumerables. Atacar esos problemas sin contar con el hecho de Cristo y de la vida cristiana es siempre posible teóricamente, pero existencialmente es un absurdo. Al único Dios real el cristiano sólo lo conoce a través de Cristo.

Muchas de las dificultades que ofrece el pensamiento humano al estudio del Dios absoluto parece que se desmenuzan si ese Dios es el Dios de Cristo. De ahí que, como decíamos antes, tenemos que dar un rodeo a través de Cristo para llegar a Dios.

Además el problema de Dios no es algo meramente intelectual. Lo mismo se podría decir del fin último del hombre. Es un problema al que se contesta con todo el hombre y no sólo con la inteligencia. Por eso es de aplaudir que el catecismo trate de Dios "después" de haber tratado de la vida cristiana. El cristiano que no sólo intelectualmente acepta a Cristo, sino que "vive" esa aceptación está en disposición, en cuanto el hombre puede disponerse a enfrentarse con el misterio infinito, de acercarse a Dios. Lo otro permanece como una posibilidad teórica, pero para el cristiano no es ninguna solución existencial.

Resumiendo: en la disposición de los temas y el modo de tratarlos el catecismo ha procurado suscitar el interés vital, no sólo intelectual, del lector. En el centro está Cristo como respuesta a la pregunta del hombre y a su vez como único revelador del amor de Dios.

Cristo como verdad fundamental.

Hemos señalado el mérito del catecismo al presentar "vitalmente" la verdad del cristianismo. Pero en último término esa vitalidad se debe basar en "la verdad". El catecismo no ahorra esfuerzos para poner de relieve que esa Verdad es Cristo.

Esto puede parecer superfluo, pero no lo es. En mi opinión, a veces inconscientemente, se equipara el cristianismo con el creer en Dios, o quizás con creer en Dios y cumplir los mandamientos predicados por Cristo. De este modo, sutilmente, desaparecería lo central, la persona de Cristo.

En el evangelio aparece una pregunta fundamental, de cuya respuesta vive o se derrumba el cristianismo (p. 145). Después de la crisis galilea, cuando muchos de sus oyentes abandonan a Cristo, éste pregunta a los apóstoles: "¿Quién decís vosotros que soy yo?". Para responder a esa pregunta se escribieron los evangelios, se han reunido concilios en la Iglesia. Pero la pregunta sigue en pie hoy, y el catecismo trata de contestarla. Por eso la 3ª parte del libro es la más importante. Cristo es el único revelador del Padre, y por eso para saber quién es Dios hay que verlo en Cristo. Cuando le vemos a través de los evangelios no sólo vemos a un gran genio religioso, cuya actitud hay que imitar, sino que vemos a "Dios entre nosotros", que es lo que significa Emmanuel. Si queremos saber qué piensa Dios del hombre, qué actitud tiene Dios para con el hombre, hay que ver qué piensa Cristo del hombre, qué actitud tiene Cristo para con el hombre. Los grandes momentos de la vida de Cris-

to, la encarnación, el bautismo en el Jordán, su muerte y su resurrección son los momentos en que Dios está dando una respuesta definitiva al hombre.

Pero esa verdad del cristianismo se presenta al hombre para que la acepte en fe. Hablar de la fe como "creer lo que no vemos, porque Dios lo ha revelado" es algo correcto pero parcial. La fe es en último término aceptar a Cristo en nuestra vida. Y ello supone que conocemos quién es ese Cristo a quien aceptamos. Por eso el catecismo dedica 150 páginas a presentar la persona de Cristo a quien vamos a creer.

Ninguna fe se alimenta del aire, sino del contacto con la persona a quien creemos; por eso es imprescindible ver a Cristo nacer, trabajar, servir a los demás, morir por nosotros, para que se alimente la fe del cristiano de hoy. Si el cristiano ha de contestar con Pedro, "Señor, ¿a quién iremos?. Tú sólo tienes palabras de vida eterna", tiene que ponerse en contacto con ese Señor a través de la Escritura y en la vida de la Iglesia.

El cristiano es el hombre que se deja sorprender por Cristo, el hombre abierto que busca a Dios. "Jesús no es para los que creen saber quién es Dios, sino para los que buscan saber quién es Dios" (p. 90).

Otro aspecto de la verdad fundamental de Cristo es que es una verdadera respuesta a los anhelos más íntimos del hombre, porque Cristo es a la vez Dios y hombre. En este sentido el catecismo dedica unas páginas a aclarar este misterio profundo.

Para el cristiano tradicional la tentación más frecuente es considerar a Cristo como Dios, pero no verdadero hombre,

Con eso se da la penosa impresión de que Cristo no es más que la representación mitológica de Dios, vestido con ropaje humano, pero que en el fondo no es uno de nosotros. En este sentido se desenfoca demasiado todo lo extraordinario de la vida de Cristo, como son las actuaciones milagrosas. El catecismo prudentemente trata de balancear una presentación "demasiado" divina de Cristo. Los milagros no son lo más importante en su vida (p. 112), y aun en los milagros lo esencial no es lo "extraordinario", casi diríamos mágico, sino que son "algo en lo que el hombre ve la actuación de Dios" (p. 107). Mucho más importante es ver al Cristo hombre orar ante su Padre, cumpliendo su voluntad y amando a los hombres (p. 112-135).

El camino de Cristo.

Por último, de la verdad fundamental de Cristo se deriva "nuestra" verdad de hombres. Sólo Cristo nos dice lo que verdaderamente somos. Así como en Cristo se dió la unión total del hombre con Dios hasta llegar a ser el misterio infinito del Hombre-Dios, así el hombre, nosotros, somos la apertura al Dios infinito. Cristo no es sólo un modelo de hombre por sus virtudes, sino sobre todo porque muestra en un grado culminante lo que es la esencia de todo hombre su apertura a Dios.

Desde este punto hay que considerar la 4ª parte del catecismo "El camino de Cristo", que describe la vida del cristiano. Cristo no es sólo modelo para el hombre "desde fuera" (como podrían serlo Confucio, Buda o Juan Bautista), que nos presenta un programa de vida, sino que es un modelo "desde dentro".

Porque Cristo es el hombre por excelencia, sólo inmitándole a El podemos ser verdaderamente hombres. Y por eso la vida en la Iglesia es en último término el modo de llegar a ser verdaderamente hombres. Y como Cristo, el hombre por excelencia, estuvo unido totalmente a Dios, así el fin de todo hombre es el estar unido a Dios. Con esto tenemos la respuesta última a la pregunta del hombre de hoy, de ayer y de siempre.

Conclusión.

Este es el juicio que nos merece el catecismo, y ésta es su "novedad".

"Pero nuevo no significa que algunos aspectos de la fe han cambiado, permaneciendo intacto el resto. Si ese hubiese sido nuestro propósito, podríamos simplemente haber cambiado algunas páginas de un catecismo antiguo. Pero no es éste el caso".

"Todo el mensaje, la totalidad de la fe permanece la misma, pero el enfoque, la luz en que es vista la fe, es nueva. Todo lo que vive tiene al mismo tiempo que permanecer lo que es y renovarse a sí mismo".

"El mensaje de Cristo es algo vivo, y de ahí que este nuevo tipo de catecismo trate de presentar la fe de nuestros padres de una forma adecuada a nuestros días". (p. V).

EL PROGRESO

Taller de mecánica fina
de AGUSTIN MAYEN.
Costado Sur del Garage Mundial

Teléfono 21-5714, San Salvador.

Reparación máquinas de escribir
calculadoras y especialidad
en Cajas Fuertes.